



MISTERIOS EN EL HOSPITAL



DAVID LOZANO

MAYRA BRÓCOLI

LA CENA MÁS RICA DEL MUNDO



edebé

MISTERIOS EN EL HOSPITAL

MAYRA
BRÓCOLI

LA CENA MÁS RICA DEL MUNDO

MISTERIOS EN EL HOSPITAL

MAYRA BRÓCOLI

LA CENA MÁS RICA DEL MUNDO

DAVID LOZANO



Ilustraciones de David Guirao

edebé

© David Lozano, 2019
© Ilustraciones: David Guirao

© Ed. Cast.: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, marzo 2019

ISBN: 978-84-683-4080-7
Depósito legal: B. 723-2019
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



*A mi sobrina Esther,
para quien todavía los sabores son una aventura.*



ÍNDICE

1.	La paciente de la 806 y el colchón de faquir . . .	9
2.	Brocolitis aguda	14
3.	El Comando Panceta	20
4.	Sara la celadora y sus misteriosas rutas	28
5.	El Vestuario de los Ausentes	36
6.	Una misión imposible, pero posible	45
7.	Un toque francés	50
8.	Confidencias en la habitación 806	55
9.	La primera misión del Comando Panceta	60
10.	Un Comando en prácticas y la amenaza musical de Tremendo Paco	71
11.	Experimentos culinarios	76
12.	El Comando Panceta sale de cacería	82
13.	La fuga de Mayra Brócoli	88
14.	El último almuerzo del Titanic	94
15.	Pulso de ingredientes	101
16.	La caza de protocolos	111
17.	La batalla alimenticia	116
18.	Un menú estrambótico	124
19.	La cena más rica del mundo	132
20.	Misión cumplida	144







La paciente de la 806 y el colchón de faquir

Mayra lleva siete largos días ingresada en el hospital. Y eso que, cuando entraron en aquel edificio gigante con miles de ventanas (era lunes, la niña se acuerda perfectamente), sus padres le dijeron que muy pronto volverían a casa.

«Muy pronto».

Hay que tener poca prisa para que siete días te parezcan «muy pronto».

Mayra sueña con regresar a casa. Necesita volver a su cuarto, a su cama. Lo que quiere es encontrarse de nuevo con sus amigos y no tener fiebre. Quiere reír, jugar al fútbol, disfrazarse con su prima.

A veces, Mayra se queda mirando la calle desde la ventana de su cuarto de enferma. Se ve todo muy pequeñito a tanta altura, porque su habitación se encuentra en el octavo piso.

La vida sigue allí abajo.

Sí, ella lleva ya una semana dentro de ese edificio, tumbada en la cama metálica de su habitación. Y no han sido siete días normales, de esos en los que hay tiempo (y ga-





nas) de hacer de todo: jugar, dormir, bailar, dibujar, leer, ir al cine...

No. Mayra ha descubierto que las jornadas de hospital dan la impresión de tener muchas más horas, de lo largas que se hacen. Y encima son horas muertas, en las que no le apetece hacer nada, solo estar tirada sobre la cama con cara de flan chafado. O de fantasma triste, por la palidez que se le está quedando. Incluso los ojos se le han hundido un poco. Mayra se siente como un animalito pocho sin fuerzas para salir de su madriguera.

Qué aburrimiento.

¿De qué sirven tantas horas libres si no tienes ánimo de hacer nada? Para una vez que no hay que ir al colegio...

Para colmo, también ha perdido el apetito (y eso es todavía más raro, porque normalmente come más que un tiranosaurio después de una huelga de hambre). Lo único que hace es suspirar. Los suyos son suspiros muy largos, se siente como un globo que se pasa el día desinflándose.

Y el caso es que ella nunca ha sido así. ¿Quién le ha robado su energía? Algún microbio, por lo visto. Pero debe de ser un microbio que se esconde bien, porque los médicos no lo han encontrado todavía. «Seguro que es un virus —ha dicho su abuela—. O una bacteria».

Mayra no sabe lo que es un virus ni una bacteria, aparte de que se trata de bichos muy pequeñitos. Solo espera que los doctores descubran lo que le pasa y la puedan curar.

A ella se la conoce allí como «la paciente de la ochocientos seis», porque su habitación tiene ese número: 806.

Su cama es articulada y, apretando varios botones, Mayra consigue que se levante el colchón por diferentes

partes. No está mal. Ni un faquir lograría resistir las posiciones que ella consigue mantener sin despegarse de la cama: las piernas arriba, apuntando al techo, y la cabeza hacia abajo, como si quisiera chupar el suelo; o los extremos hacia abajo salvo la zona central, por ejemplo, con lo que le queda el trasero hacia arriba, en plan pirámide. Siempre ha sido muy flexible. Su padre dice que tiene los huesos de goma.

También hay un botón en la pared para llamar a los enfermeros, pero le han dicho que no lo toque salvo que lo necesite de verdad.

Aun así, Mayra siempre lo usa cuando le toca el turno a Tremendo Paco, un enfermero enorme, muy simpático, que cuenta unos chistes malísimos y canta todavía peor (solo lo llama cuando sabe que no tiene intención de hacerlo). Ese hombre es tan grande que, cuando se detiene en el pasillo, bloquea las habitaciones de los lados y nadie puede entrar, salir ni avanzar.

Se rumorea que el enfermero Paco no utiliza los ascensores porque no cabe en ninguno (y eso que los hay bien grandes para las camillas). Mayra piensa que ese hombre debe de pesar unos quinientos kilos, y eso antes de almorzar. Cuando se ríe, sus atronadoras carcajadas hacen temblar las paredes y se caen los cuadros. De momento no se ha comido a ningún niño, pero han desaparecido varios visitantes en el hospital y se sospecha de los súbitos arranques de apetito que sufre el enfermero de vez en cuando. De hecho, ayer se le escapó a Tremendo Paco un eructo cuando estaba en la habitación de Mayra y su aliento olía un poco a señor, en vez del olor a chorizo que, según su amigo Edu, tienen los eructos normales.



Qué cosas.

Mayra suelta un nuevo suspiro que dura exactamente un minuto y treinta y cinco segundos. Todo un récord. Su cuerpo se ha encogido un poco más.

Siete días allí. Pues qué bien.

La niña se toca el pelo, aplastado por el rato que lleva con la cabeza apoyada en la almohada. ¡Lo que le faltaba, menudo aspecto debe de tener! Normalmente su cabello es tan denso y tieso que parece una mata de brócoli (por eso la llaman así en el cole, Mayra Brócoli, un apodo que se ha convertido en su nombre de guerra). Así que no quiere



ni imaginar lo que parecerá ahora su pelo: un matojo de cardos pisoteados por cien vacas. Por no hablar de esa especie de pijama de hospital que lleva puesto...

No es nada favorecedor.

Mayra levanta los ojos, cansada de quejarse por dentro y sin fuerzas para hacerlo en voz alta. Frente a ella, sentada en una silla, está su madre leyendo un periódico. Como es domingo, puede estar con ella todo el día. Su padre también llegará enseguida.

–Mamá, ¿cuándo volveremos a casa?

Ella deja el periódico y la mira con una sonrisa.

–Muy pronto, cariño. Tienes que aguantar, ya queda poco.

Mayra asiente en silencio. ¿Eso significa otros siete días más?

